

LA LINTERNA MAGICA,

PERIODICO RISUEÑO

por Don Wenceslao Ayguals de Izco.

JOCOSIDAD, JOVIALIDAD, HILARIDAD.



10.^a Funcion.



LAS FERIAS.

No te vengas con dengues
ni con miserias,
que voy sin perendengues
á ver las ferias.

Gasta la plata
verás como á tus dones
no soy ingrata.

En la calle del Cármen
hay mil escollos,
para que todas se armen
de perifollos.

Gasta el dinero
verás, idolo mío,
como te quiero.

No gastar en las tiendas
es de hombres malos;
compra tú muchas prendas
y hazme regalos.

Derrama el oro;
ya verás, dueño amado,
cuanto te adoro.

Con estas ó semejantes indirectillas ostigan
á sus novios, galanes, padres y maridos las
dignas sucesoras de la que delinquiró en el Pa-
raíso, y este continuo clamoreo hasta para po-

ner en ebullicion á todo Madrid.

En efecto, nunca mas animada la coronada
villa que en la época de las ferias. El gesto avi-
nagrado de los impertinentes caseros se con-
vierte en destello de alegría al ver desaparecer
de los balcones de sus casas los menguados
papelitos, emblemas de tristeza y soledad.

Y no solo regresan á la corte los que du-
rante el verano abandonan las comodidades del
hogar doméstico, para sufrir en algun villorrio
todo linage de privaciones, con tal de sujetar-
se al imperio de la moda, sino que de luengas
tierras se desuelgan los curiosos bendecidos
de Dios, para solazarse en las célebres ferias
de la capital de la monarquía.

Hay próximos de temple tan original, que ha-
cen todos los años un viajeito de millares de le-
guas, y le emprenden en galera, que es el ins-
trumento que sin duda se ha inventado para su-
plir la tortura desde que está abolida la inqui-
sicion, y no tienen mas objeto que reirse ocho
dias seguidos de las sandeces de su tocayo don
Simplicio Majaderano y Cabeza de Buey de la
Pata de Cabra, porque la Pata de Cabra es la
gran comedia con que obsequia la corte á los
viajeros de las provincias.

Por lo demás las ferias de Madrid son diver-
tidas para unos y pesadas para otros, segun re-
zan los versos que van á continuacion:

LETRILLA.

Llegó la época de júbilo,
bulle la gente en Madrid:
unos con cara de víctimas,
otros con rostro feliz.

I.

La esposa de un hombre público,
cuyo sueldo baladí
apenas basta, por lo ínfimo,
para comer y vestir,
con audacia anti-económica
dice á su esposo: «Fermin,
quiero un chal de lujo asiático
como aquel que el lunes ví
que llevaba doña Brijida
la muger del alguacil.»
«Le tendrás» respondió el cónyuge
y al hacer por sonreír,
*¡Ay! puso cara de víctima,
mas ella rostro feliz.*

II.

Dos niñas y cinco párvulos,
de los cuales va á cumplir
diez años el primogénito,
ante su papá infeliz
esclaman como energúmenos:
—Compreme usted un tamboril...
—A mí una linterna mágica...
—A mí un coche... —A mí un violín...
—A mí un caballito intrépido...
—Una muñequita á mí...
El padre no encuentra réplica
y al dar los maravedís,
*¡Ay! puso cara de víctima,
mas ellos rostro feliz.*

III.

—¿Vas á ferirme Crisóstomo?
(pregunta con retintín,
á su novio cierta sílfide.)
—¡Pues no! Ya se vé que sí,
(responde el garboso prójimo)
entra en la tienda á elegir
lo que te sea mas plácido,
y al avio: para tí
gano el oro, niña cándida,
que eres tú mi querubín. —

Pero al escoger solicita
cierto traje de París...
*él pone cara de víctima;
mas ella rostro feliz.*

IV.

De Alcalá la calle célebre,
desde el principio hasta el fin
ofrece al voraz gastrónomo
mil delicias y otras mil.
Aquí acerolas y nísperos...
melocotones allí...
avellanas, uvas, dátiles,
y hasta satchichon de Vich.
Se afana el Heliogabalo
devorando cual mastín.
¿Quién lo paga? —Un primo estúpido,
y los dos dan que reír
*uno con cara de víctima,
otro con rostro feliz.*



LA SOCIEDAD LITERARIA Á SUS FAVORECEDORES.

Muchos de los suscritores á la *Linterna Mágica*, que antes de saber las condiciones que se establecen en los prospectos de la novela original titulada *Pobres y Ricos ó la Bruja de Madrid* se han suscrito á ella, nos manifiestan la ansiedad con que aguardan esta publicación. Esta honrosa confianza con que el público acoge los desvelos de la *Sociedad Literaria*, la obligan á corresponder á ella de un modo digno, que atestigüe su sincera gratitud. Deseosa pues de complacer á sus favorecedores, trata de que la edición de *la Bruja de Madrid* satisfaga todo linaje de exigencias, tanto por su baratura como por su inusitado lujo muy superior á la primera edición de *MARIA*. Saldrá por entregas de 10 grandes páginas en 4.º marquilla, papel avitelado y lustroso, tipos nuevos, preciosos grabados intercalados en el texto, y láminas coloreadas á parte, dirigiendo la ilustración de esta obra los entendidos artistas don

José Vallejo y don Vicente Urrabieta, de cuyos acreditados lapiceros serán todos los dibujos. Apesar de este lujo extraordinario, del no insignificante gasto que ocasionan las láminas sueltas y el retrato del autor dibujado por Vallejo y grabado sobre acero en París por el célebre Hopwood, el precio se ha fijado en dos reales para los suscritores de Madrid y dos y medio para los de las provincias por cada entrega franca de porte.

La Sociedad Literaria posee todo el original de la novela, que constará de dos tomos, y no ha querido emprender su publicación hasta poseer igualmente los grabados, á fin de que una vez se dé comienzo á ella, siga con rapidez sin interrupcion ninguna ni obstáculo que perjudique á los suscritores. Este ha sido el único motivo de que se haya ido dilatando la publicación de la *Bruja de Madrid*; pero allanadas todas las dificultades, está ya en prensa la primera entrega, que saldrá juntamente con el prospecto.

Deseamos que esta explicacion satisfaga los deseos de los señores que nos han preguntado el estado de esta obra, y aconsejamos á los que aun no se han suscrito, que lean detenidamente el prospecto y no sean morosos en animarse y animar á sus amigos. Aunque el objeto moral de esta novela es de inmensa gravedad, los lectores de buen humor hallarán tambien páginas alegres en ella, que alternarán con las apasionadas escenas de unos amores contrariados por las preocupaciones humanas, y nada que pueda escitar el rubor del bello sexo ni amancillar á la sana moral.

De uno de sus festivos capítulos tomamos la cancion siguiente:

LA AGUADORA.

*¡ Ahora es hora!
De la fuente viene ahora!
¡ Fresquita como la nieve!
¡ La aguadora!
¡ Agua y panales! ¿Quién bebe?*

I.

Para aliviar á una dama
de conducta novelesca

que arde en amorosa llama,

¡ Agua fresca!

Y si en su amor hay falsía
mientras su rendido amante
se abraza fino y constante,

¡ Agua fria!

¡ Ahora es hora!

De la fuente viene ahora!

¡ Fresquita como la nieve!

¡ La aguadora!

¡ Agua y panales! ¿Quién bebe?

II.

Para el que suelta un suspiro
con intencion picaresca
por el amor que le inspiro,

¡ Agua fresca!

Pero si no se desvía
y el infeliz hace alarde
de la pasion en que se arde,

¡ Agua fria!

¡ Ahora es hora!

De la fuente viene ahora!

¡ Fresquita como la nieve!

¡ La aguadora!

¡ Agua y panales! ¿Quién bebe?

III.

Aunque pobre y aguadora
ningun usía me pesca,
pues si jura que me adora.....

¡ Agua fresca!



Y si otra vez el usía
por delante de mi pasa

y me dice que se abrasa

; Agua fria!

; Ahora es hora!

De la fuente viene ahora!

Fresquita como la nieve!

; La aguadora!

; Agua y panales! ¿Quién bebe?

IV.

Y eso que yo soy, señores,
amiga de zambra y gresca;
pero si me hablan de amores

; Agua fresca!

Y si dan en la manía

Juan, Gil, Blas, Anton ó Diego
de ponderarme su fuego,

; Agua fria!

; Ahora es hora!

De la fuente viene ahora!

; Fresquita como la nieve!

; La aguadora!

; Agua y panales! ¿Quién bebe?

UN PADRINO POR ESPECULACION.

El festín de un bateo es cosa mucho mas divertida aun, que el de unas bodas. La alegría del presunto padre, la grave fisonomía de la nodriza, la prosepopeya del padrino, el talante de regocijo que destellan por todos lados las fisonomías de los parientes y amigos, los confites que vuelan por los aires, la multitud de chiquillos que gritan y andan á la greña por recogerlos á su caída, son cosas que dan á este espectáculo mas animacion aun que esas estrepitosas concerradas con que las gentes de buen humor suelen confeccionar el prólogo, ó mejor dicho, la sinfonia de la primer noche de bodas.

El actor principal no pasa la menor inquietud acerca del papel que va á representar, y á guisa de los grandes cómicos de primer orden, lo ejecuta á las mil maravillas, sin haberlo estudiado ni ensayado una sola vez. Tan prendado queda su padre de las disposiciones de su hijo, que en su ardiente entusiasmo, no puede menos de exclamar: «¡Angelito! ¿Quién sabe lo que llegará á ser esta inocente criatura? Un poeta quizás... un héroe... un agente de

seguridad pública... alguacil acaso... ministro de hacienda... maestro de obra prima... ¿Quién es capaz de adivinarlo?... puede que logre ser repartidor de periódicos... Otros han hecho gran fortuna con menos talento. No hay mas que mirar la calvicie de mi hijo para persuadirse de su gran sabiduría. Los grandes hombres son todos calvos como mi hijo. Ved si no á O' Conner, al abate L' Epée y á Jovellanos.»



¿Ofrece el matrimonio tantas y tan halagüeñas esperanzas? No por cierto. «La muger que se casa, ha dicho una célebre poetisa, no tiene mas que una esperanza y un recelo, á saber: ser dichosa ó desgraciada. Yo prefiero los bautizos á las bodas, y mas me place ser diez veces madrina que casarme una sola.»

Aunque la mayoría de las mugeres está por el matrimonio, la opinion de la poetisa que hemos citado puede sostenerse muy bien sin hacer grandes gastos de elocuencia. En primer lugar ya dijo Moratin que para las literatas es un tormento la fecundidad. Vaya usted á alterar el zurcido de una media del marido con la composicion de un soneto acróstico!...

Por otro lado el papel de madrina no ofrece grandes molestias. El cielo, protector siempre del sexo hermoso, parece que ha querido poner las madrinas al abrigo de las infinitas tribulaciones que caen como granizo fatal sobre el infeliz padrino.

Solo cierto usurero, llamado don Nicomedes, sin rival en el arte de convertirlo todo en lucrativas especulaciones, supo tambien sacar partido de una honra que arruina á mas de cuatro pusilánimes que no tienen valor para dar un desaire.

«Don Nicomedes, dijole un dia el padre de un recién nacido, mi amigo predilecto, mi

querido primo, espero que serás padrino de mi tierno vástago. No puedes figurarte cuanto te agradeceremos, tanto yo como Colasa, este singular favor. La cosa se hará sin pompa ni boato.... Funcion de familia y nada mas, los tiempos no son nada á propósito para hacer gastos.»

El íntimo amigo de la casa, el primo del padre de la criatura, no pudiendo rehusar aquella muestra de afectuosa confianza, aceptó con denuevo la crítica posición que se le ofrecía.

«Hay circunstancias, decía para sí don Nicomedes, en que es preciso ser generosos. Asuntos mercantiles, además de la amistad y el parentesco, me ligan con los padres del recién nacido. Fuerza será pues sembrar calderilla para recoger oro.»

Hecha la resolución, formó don Nicomedes una lista de los regalos para el recién nacido, para su madre, para la nodriza etc. etc. sin escluir á los criados de la casa. Hace gran provisión de abanicos para todas las mugeres y de guantes blancos para los hombres; y á fin de no verse en apuros con respecto á la medida, toma un surtido entero de todas dimensiones, desde la mano del mas jóven monaguillo hasta la de un colosal exclaustro que desempeñaba el oficio de organista.

Ya todos los regalos están arreglados con simetría sobre una mesa, para hacer de ellos una solemne distribución despues del bautizo.

Hay gran provision de dulces para el refresco. Una onza de oro ha sido cambiada en piezas de á dos cuartos para rociar á los transeuntes con una lluvia de metal, y otra onza en realitos para repartir entre las pobres viudas y



cesantes. Los músicos de la murga que debe acompañar á la comitiva tampoco han sido olvi-

dados. En fin, á todo se atiende con una generosidad que llenó de asombro á cuantos conocían de cerca los hábitos económicos de don Nicomedes. Todos están estupefactos. Solo nuestro héroe... solo don Nicomedes permanece inalterable y tranquilo, sin hacer el menor ademán de disgusto.

Don Nicomedes era hombre que entendía perfectamente sus negocios. Compra porque sabe que venderá. Desembolsa porque está convencido que lucrará en el reembolso.

Llega el momento fatal. El bombo de la murga dá el aviso. El padre, el padrino, la madrina, el hijo mayor, la nodriza y el mamon rompen la marcha seguidos de un séquito lucidísimo. Llegan á la iglesia... El padrino aproxima su ahijado á las fuentes bautismales. Pre-



guntarle los nombres que ha de llevar el parvulito.

— Los míos — respondió en tono solemne don Nicomedes.

— ¿Cuáles son?

— Nicomedes, Rómulo y Rémuló.

— El segundo y tercero no son nombres cristianos.

— Bautizadles, si gustais, pero yo quiero que mi ahijado lleve mis propios nombres.

— ¿Queréis que se le llame Nicomedes, Juan, José?

— Quiero que se le llame Nicomedes, Rómulo y Rémuló. Cualquiera otro nombre sería un atentado á mis derechos de padrino.

El cura no quiso ceder y don Nicomedes

tampoco. Prorogóse la ceremonia para el día siguiente. Hubo un consejo de familia. Don Nicomedes alegó que era ya cuestion de honor sostener sus derechos ó renunciar á pesar suyo al placer de ser padrino. Hubo que adoptar este último recurso, y el taimado especulador delegó sus derechos de padrino y todas las adquisiciones hechas para el bautizo, con un beneficio de cincuenta por ciento. Otro amigo de la familia cargó con los gastos y el chiquillo, que fué bautizado sin dificultad el día siguiente.

Poco despues se supo que don Nicomedes se llamaba Nicomedes, Diego, Bonifacio, y que solo habia adoptado los nombres de Rómulo y Rémulo para convertir en lucrativa especulacion las molestias y gastos de ser padrino.



REMITIDO.

LETRILLA.

Señores, no hay que dudar,
en este mundo embustero
lo mejor para gozar
es permanecer soltero.

Jóvenes que enamorados
á las bellas requebrais
y tras ellas siempre vais
por la apariencia engañados,
no aspireis á ser casados,
tomad distinto sendero;
pues es el medio postrero
que el hombre puede adoptar:
lo mejor para gozar
es permanecer soltero.

El que en brazos de Cupido
se consagra á una hermosura
y fé constante le jura
al pié del altar rendido;
llora en breve arrepentido
de su amor casto y sincero,
repitiendo lastimero
esta frase: á no dudar
lo mejor para gozar

es permanecer soltero.

Cargado de obligaciones,
sin paz, sin tranquilidad,
perdida la libertad,
privado de diversiones:
en pláticas, en sermones
y riñas de mal agüero,
se le pasa el día entero
sin que lo pueda evitar,
lo mejor para gozar
es permanecer soltero.

Luego á su tiempo debido
viene un niño idolatrado
¡qué instante tan deseado!
¡cuánto ha sido apetecido!...
no bien al recién nacido
toma el papá placentero,
le regala lisonjero
cierto olor que hace sudar...
no hay duda, para gozar
lo mejor es ser soltero.

No pretendo describir
la agradable melodía
que tiene de noche y día
por precision que sufrir.
¡Con que gana hace reír
el ver al tierno lucero,
con su cara de pandero
que no hace mas que llorar!...
Va, va, va, para gozar
lo mejor es ser soltero.

La mamá muy afligida
diz, criar no puede al niño
y en las manos su cariño
pone de una ama homicida.
Esta desagradecida
con ceño adusto y severo,
al inocente lucero
hace por fuerza ayunar;
así que para gozar
lo mejor es ser soltero.

¿Y si en pogo á tanto afán
sale la esposa adorada
un poquito aficionada
á los vástagos de Adán?
Cornelio le llamarán

con acento asaz grosero;
 ¿y aun habrá algun majadero
 que pretenda enamorar?...
 Nequaquam... para gozar
 lo mejor es ser soltero.

Comparad lo que se pasa
 en tan azarosa vida
 con la libertad querida
 que tiene el que no se casa:
 sus goces no tienen tasa
 y sea rico ó pordiosero,
 en poniéndose el sombrero
 nada tiene en que pensar:
 lo mejor para gozar
 es permanecer soltero.

JOSÉ ROGER Y MIGUEL.
 FEDERICO PUCHE Y CILLER.



UN JÓVEN AMABLE.

Preciso es confesar que no hay en el mundo
 profesion mas pesada que la que se conoce en-
 tre las gentes de buen tono por el nombre de
jóven amable. Mas vale ser fosforero, aun cuan-
 do se corra el riesgo de una esplosion.



Desde que uno tiene la desgracia de ser pre-
 sentado en alguna tertulia á la dueña de la casa
 como un caballero lleno de finura y amabilidad,
 no hay linage alguno de esas incomodidades
 tecnicamente llamadas *jorobas* que no le sea im-
 puesto, con el bien entendido que es preciso
 responder á cada nueva *joroba* con una dulce

sonrisa y una cortés inclinacion de cabeza que
 atestiguan el gran contentamiento que uno tie-
 ne en prestar obediencia á todos los deseos de
 la dueña de la casa.

Así es que desde que un *jóven amable* llega
 al salon de un baile, ó al baile de un salon,
 como se quiera; apenas ha tenido tiempo de
 saludar á tres personas, apenas acaba de apro-
 ximarse á una linda vírgen para rogarle que
 le conceda el honor de bailar con él la décima
 quinta *polka-mazourka*, cuando la dueña de la
 casa, suplica encarecidamente al *amable jóven*,
 que tenga la bondad de sacar á bailar una se-
 ñorita á quien los demás han olvidado, y que
 por una distraccion general no se ha movido en
 toda la noche de su silla.

Mis lectores sabrán seguramente por espe-
 riencia qué clase de señoritas son las que se que-
 dan en un baile toda la noche pegaditas á su
 asiento. La naturaleza no las ha dotado á buen
 seguro de los atractivos encantadores que exige
 imperiosamente la escena de Terpsícore.

No obstante, el *jóven amable* tiene que obe-
 decer sin vacilar un momento, á la insinuacion
 de la dueña de la casa, y baila con la consabida,
 sudando la gota tan gorda, porque nada hay
 en este mundo que haga sudar tanto, como una
 taza muy caliente de flor de malva ó bailar con
 alguna jóven que no esté cortada por el modelo
 de una Venus cualquiera.

Apenas enjuga el *jóven amable* el copioso su-
 dor que hizo brotar en su frente la primera *jo-
 roba*, se le acerca un grave diplomático (marido
 de la dueña de la casa) le toma el brazo con
 afectuosa franqueza y se lo lleva (no el brazo,
 sino el jóven entero) al otro extremo del salon.
 Allí hay una venerable *clueca*, digna esposa de
 un no menos venerable embajador extranjero,
 á quien el diplomático español tiene un parti-
 cular interés en obsequiar. La voluminosa *clue-
 ca* pretendia ocultar su medio siglo de fecha,
 debajo de un tocado elegantísimo, con una es-
 pecie de penacho traído de London, que le da-
 ba cierta semejanza con las higueras ataviadas
 de algun monigote para espantar á los gor-
 riones.

—Aquí tiene usted—dijo el diplomático á su
 bondadoso compañero presentándole á la *Clue-*

ca—aquí tiene usted, *amable jóven*, á una señora respetable, que es muy aficionada á walsar y no conoce á nadie en esta reunion. Espero que usted, mi querido amigo, usted que es tan complaciente y amable, tendrá la bondad de bailar con esta señora. Se llama *lady Brocklingfinghamnrstgpggroom*. Es muger de mucho talento... Tendrá usted un buen rato.

Y sin dar tiempo á que el *jóven amable* respondiese algo, suena la música y *lady Brocklin*.... etc. etc. se levanta para walsar con él.

Ya está nuestro hombre walsando con la corpulenta higuera: el ver walsar á una higuera es cosa que no deja de ofrecer alguna novedad, *lady Brock*... etc. etc. etc., y el *jóven amable* atraíanse las miradas de todos los concurrentes.

El sudor de la angustia brotó de nuevo, mas copioso que nunca, en la frente del *jóven amable*, que acordándose de que su pareja era muger de mucho talento, quiso entablar conversacion con ella; pero *lady Brocklingfinghamnrstgpggroom* solo tenia talento en inglés, y este idioma era desconocido á su victima.

Libre en fin de aquel tormento, el *jóven amable* fué irónicamente felicitado por todos sus amigos acerca de la amorosa conquista que acababa de hacer; y aburrido, y no queriendo esponerse á correr otra vez el peligro de walsar con la británica sílfide del penacho, se vá al salon del juego. Allí encuentra á la marquesa de Casa-brisca desesperada porque ha perdido su dinero al monte. Nuestro jóven es demasiado amable para que no se apresure á ofrecer á la exhausta señora todos sus recursos metálicos, y la señora demasiado fina para hacer un desaire á tan cumplido caballero. El repleto bolsillo del *jóven amable* pasa á las manos de la beldad, que vuela al punto á ver si alcanza mejor fortuna con ellos, dejando á su favorecedor con la palabra en la boca y desplumadito como el gallo de Moren.

Todos estos azares que acaba de sufrir el *amable jóven* terminan por darle calentura y escitar en él una sed devoradora. Un lacayo le presenta una bandeja en la que solo quedan dos vasos de horchata. Ellos bastarian para saciar la sed del paciente, pero hay una mamá cerca de él que está horrorosamente sofocada. Seria

faltar á la urbanidad no presentarle la bandeja, particularmente en un jóven que hace gala de su proverbial amabilidad. Quita pues la bandeja de las manos del lacayo y la ofrece á la respetable señora. Median algunos cumplidos entre el jóven y la vetusta beldad, y cuando al primero empezaban á temblarle los brazos con el peso de la bandeja sostenida á pulso, decidióse la mamá á beber uno de los vasos de horchata; pero con mucha calma para no atragantarse, alternando sus sorbos con mil imperitinentes preguntas que empalagaban á su mártir. Por fin, apuró el vaso de horchata; y cuando el *jóven amable* retiraba ya la bandeja para solazar sus euitas y apagar su sed con el otro vaso de horchata, exclamó la insaciable señora:

—Caballerito... creo que beberia aun ese otro vaso. ¿Qué le parece á usted?

—A mí, señora...—respondió el *amable jóven*—me parece que si está usted sudada, acaso no le será muy provechoso...

—¡Qué disparate! Yo soy como mi perrita de lanas, cuanto mas acalorada, mejor me sientan las bebidas. Dáme usted, dème usted.

Y se bebió la horchata que el *amable jóven* aguardaba con la misma impaciencia que el pueblo de Israel el rocío de Dios llamado mana.

Aburrido al fin por las consecuencias de su amabilidad, resolvió el caballerito de las *jorobas* haberse divertido bastante, y se retiró á su casa, no sin encontrar en la antesala á la *higuera del wals*, á quien es preciso cubrir con el manton, y luego buscar al marido *Mister Brocklingfinghamnrstgpggroom*, y dar orden á los lacayos para que arrimen el coche.

Esto dá lugar á que salgan otras señoras, y hay que ponerle á esta el boá, la manteleta á la otra, el chal á la niña... y dar el brazo á alguna de esas obesidades femeninas que es preciso llevar á remolque hasta su casa.

Aliviado ya del gravísimo peso, se retira por fin el *amable jóven* á descansar de sus fatigas, y tendido sobre el blando lecho duerme con toda la tranquilidad de un alma cándida y servicial.

MADRID 1 OCTUBRE 1849.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Isca.